

Mié
23
Ene
2013

Evangelio del día

[Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **San Ildefonso de Toledo (23 de Enero)**

“Dolido de su obstinación”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 7,1-3.15-17:

Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo, salió al encuentro de Abrahán cuando este regresaba de derrotar a los reyes, lo bendijo y recibió de Abrahán el diezmo del botín.

Su nombre significa, en primer lugar, Rey de Justicia, y, después, Rey de Salén, es decir, Rey de Paz.

Sin padre, sin madre, sin genealogía; no se menciona el principio de sus días ni el fin de su vida.

En virtud de esta semejanza con el Hijo de Dios, es sacerdote perpetuamente.

Y esto resulta mucho más evidente si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que no ha llegado a serlo en virtud de una legislación carnal, sino en fuerza de una vida imperecedera; pues está atestiguado:

«Tú eres sacerdote para siempre, según el rito de Melquisedec».

Salmo de hoy

Salmo 109,1.2.3.4 R/. Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies». R/.

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos. R/.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, desde el seno,
antes de la aurora». R/.

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3,1-6

En aquel tiempo, Jesús entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo.

Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada:
«Levántate y ponte ahí en medio».

Y a ellos les pregunta:
«¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?».

Ellos callaban. Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón, dice al hombre:
«Extiende la mano».

La extendió y su mano quedó restablecida.

En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con él.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Entregar la vida... como Cristo sacerdote”

Con una explicación un tanto lejana para nosotros, el autor de la carta a los Hebreos compara el sacerdocio del Hijo de Dios y el de Melquisedec, que duran eternamente. Cristo Jesús culminó su sacerdocio en la cruz, ofreciendo el sacrificio de su persona. Al celebrar la eucaristía, recordamos y hacemos presente este único sacrificio de Jesús: “Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas”. Y recordamos también el final de su trayecto: su resurrección. Jesús no terminó en el Viernes Santo sino en el Domingo de resurrección. Todos los cristianos, en grado distinto, participamos del sacerdocio de Cristo. Lo que quiere decir que debemos participar en su trayectoria, en su vida, muerte y resurrección. Hemos de vivir como él vivió, entregando día a día nuestra vida, para así llegar, después de nuestra muerte, a la resurrección, a la ansiada plenitud de la vida. No tenemos otro camino para llegar a la resurrección: amar a Dios y a nuestros hermanos, entregarles la vida. Esa es la gran lección del sacerdocio de Jesús.

“Dolido de su obstinación”

Es cierto que a nosotros, con la mentalidad de hoy, nos resulta difícil comprender la postura de los fariseos y de los herodianos sobre el sábado y que no se pudiese curar a un enfermo ese día. Pero hemos de tener en cuenta que en su mentalidad la ley judía, con sus 613 preceptos entre los que estaba todo lo relativo al sábado, era la ley de Dios, e ir en contra de sus mandatos era ir en contra de Dios. Algo que Jesús quiere desmontar siempre que sale esta cuestión. Para Jesús, ninguna ley, incluso la tenida como emanada de Dios, puede prohibir hacer bien a una persona humana, curar en sábado a un hombre con parálisis en un brazo. El Dios que nos presenta Jesús, y le conoce bien porque es su Hijo, no sabe de oposición entre los intereses de Dios y los intereses de los hombres y Jesús unirá para siempre en el cristianismo el amor a Dios y el amor al hombre, de tal manera que no se puede amar a Dios si no se ama al hombre. Los oponentes de Jesús no entendieron esta verdad, algo que a Jesús no le entraba en la cabeza: “Echando en torno una mirada de ira y dolido de su obstinación...”. Pero ellos siguieron en sus trece: “y se pusieron a planear del modo de acabar con él”.

Hoy es [San Ildefonso de Toledo](#). Además, en la Orden de Predicadores celebramos al Beato Enrique Seuze (+1366), que junto con Eckart y Juan Tauler forman la denominada escuela de los místicos renanos dominicos. He aquí unas palabras del Beato: “¡Que en vosotros esté el amor divino, la paz verdadera y la profunda humildad que mana del corazón fiel de Cristo, el gozoso olvido de sí mismo en compañía del dignísimo Hijo de Dios!”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Ildefonso de Toledo

Datos biográficos

De familia visigoda muy elevada, Ildefonso, nombre al parecer germano, nace a principios del siglo VII, durante el reinado de Witerico. El hecho de su vida monástica en el monasterio agaliense induce a suponer su nacimiento en la ciudad de Toledo.

En efecto, muy joven aún ingresó, contra la voluntad de los suyos, en Agali, el monasterio de San Cosme y San Damián, en las cercanías de Toledo, célebre centro monástico en la historia eclesiástica de España, aunque no hay certeza de si ya entonces hizo profesión de los votos monásticos. De todos modos, ordenado hacia el 630 diácono de la Iglesia toledana, no fue impedimento para volver al monasterio, donde no sólo se hizo monje, sino que llegó a ser elegido abad. [...] Muerto el arzobispo Eugenio II en noviembre del año 657, Recesvinto decide nombrar metropolitano de Toledo, la Urbs regia, a Ildefonso, cuya consagración episcopal se celebra muy a finales del mismo 657.

[...] De nuestro personaje, destaca como primer rasgo de singular brillantez el fulgor de la elocuencia. El fervor de las páginas consagradas por San Ildefonso a defender la virginidad de María hacen, es verdad, muy verdadero el Elogio. Temeroso de Dios, lleno de piedad y religión, grave en su modo de andar, venerable por la honestidad de su vida, de paciencia singular, fiel guardando el secreto, sumo en sabiduría, de ingenio penetrante en sus razonamientos, son, entre otras, algunas de las características definitorias más salientes de su personalidad. Piadoso y discreto a la vez, muy laborioso y de feliz ingenio, su producción literaria resultó abundante.

Duró su pontificado al frente de la sede metropolitana de Toledo, según San Julián, nueve largos años, que sirvieron para acrisolar su virtud y poner de manifiesto sus cualidades pastorales. El hecho de que durante esos años no se celebrase ningún concilio tampoco significa que fuera hombre falso de talento, como algún especialista ha llegado a escribir. Su obra literaria, en cambio, nos descubre al hombre preocupado por los problemas pastorales de su tiempo y al incansable y formidable buscador de soluciones. Flórez data su muerte en enero del año 667. Otros tiran por el 665. Sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, de la capital de la España visigótica, su cuerpo fue trasladado en los primeros tiempos de la invasión musulmana a Zamora.

El período más importante de la vida de San Ildefonso es, a todas luces, el de su arzobispado, pues como consejero de Recesvinto influyó notablemente en los principales sucesos de su tiempo. Velando por la integridad del dogma, escribió Libellus de virginitate, obra de controversia teológica –sostiene la tradición que por entonces cruzaba los cielos y almas de España algún error mariano que Ildefonso habría querido atajar–, llena de doctrina católica y muy elegante, a la que luego volveremos. Refiere de igual modo la tradición que, cuando acabó de escribir esta obra el autor recibió en premio una casulla de manos de la Virgen. El arzobispo don Rodrigo y Lucas de Tuy son los primeros en narrarnos este hecho prodigioso inmortalizado en su día por el pincel de Murillo. Actualmente puede verse en la catedral metropolitana de Toledo el altar levantado en el mismo lugar de la aparición de la Virgen.

Pedro Langa, O.S.A.